

UN LUCHADOR DIFERENTE

Y no es que quisiera o no, es que me veía obligado a salir por aquella puerta y enfrentarme a lo que mi padre me había enseñado a enfrentarme.

Sabía que podía conseguir aquel innecesario título y convertirme en lo que los demás querían que me convirtiera. Pero el único que saldría ganando con ello, era mi padre.

Cuando tan solo tenía cuatro años, él me enseñaba a pelear sin que nadie me pisara, a quedar siempre por encima y que los demás llegaran a tenerme miedo. Yo le hacía caso, aprendía todo lo que me decía, era mi padre, mi ídolo, ¿qué niño pequeño no se fija continuamente en su padre? Pero, a medida que pasaban los años, me iba dando cuenta de que yo no era así, que mi personalidad no se centraba en ser superior, en que me miraran o en que las personas de mi alrededor no pudieran ni acercarse a mí. Usaría mis dones para hacer el bien, no para ser mejor que nadie.

Mi padre fue el mejor luchador de Pancraccio. El número uno, el más fuerte, el más admirado; de ahí que tuviera la necesidad de que yo también me convirtiera en eso, en lo que él había sido, en su propia versión mejorada. Pero ¿alguna vez se dignó a preguntar qué era lo que yo quería?, no, el prestigio y el poder que te daba poseer el título, le cegaban.

Sin embargo, a mí, lo último que me apetecía en ese momento era vivir una historia ideada por él y no una vivida realmente por mí.

— — — — —

No fui consciente de mi situación real hasta que me vi de pie en aquel lugar, solo, con amigos que ahora eran enemigos, ocho años después de entrar en aquella palestra. Convertido en lo que soy ahora: alguien que se machaca y machaca a los demás para obtener la victoria.

Y, después, ¿qué?, ¿volver a ganar?, ¿volver a matar para conseguirlo?

La gente gritaba, chillaba mi nombre, el sol me dejaba ciego, y el tacto de la arena entre mis pies me ponía la piel de gallina; mis adversarios me miraban retándome. Decidí no mirarlos, no darles esa satisfacción. Centrarme en mí y en lo que vendría después.

Me autoconvencí, debía ganar e iba a hacerlo. Aquel niño de doce años convertido en algo que realmente no quería, esos años entrenando, metido en aquel lugar, no iban a ser en vano ¿Cómo era posible que existiera un deporte en el que alguien tuviera que morir a cambio de una estatua, de prestigio, de una corona de hojas de olivo?

Yo lucharía, pero no mataría a nadie, aunque me habían entrenado para defenderme y para ser un asesino.

UN LUCHADOR DIFERENTE

Decidí que mi objetivo era ganar sin matar, demostrar que el pancraccio podía ser la mejor de todas las pruebas, pero que no hace falta que nadie arriesgue su vida. Supongo que ni los dioses entendían el porqué de mi manera de pensar. Era raro, distinto, pero lo que yo pensaba me parecía tener lógica. Además, era yo el que debería cargar con los hechos y las culpas durante días, meses, años... así que nadie, ni siquiera ellos, podrían hacerme cambiar.

Mientras seguía hundido en mis pensamientos, alguien gritó mi nombre, sonó un ruido extraño y un puño golpeó la parte inferior de mi mandíbula. Reaccioné, me alejé un poco y miré mi mano, sangre, "esto acaba de empezar", me dije entrando en un estado de miedo y de confianza que ni yo mismo era capaz de entender.

Evalué a mi adversario, cómo se movía, la forma en la que me miraba. Le estudié, buscando su debilidad. Mucha fuerza, mucho músculo, pero hasta el mismísimo Zeus tenía sus puntos débiles.

Se acercaba y me golpeaba cada vez con más constancia y más fuerza. Me distraía el pensamiento de que podría hacerme cualquier cosa si seguía sin defenderme; puñetazos, dislocaciones, roturas, asfixias... estaba todo permitido, todo, absolutamente todo, excepto meter los dedos en los ojos o la nariz de la otra persona. La única regla. La única excepción en una pelea a muerte. Me había entrenado durante mucho tiempo y le había dado prioridad a poder controlar mis sentimientos en momentos así. O te controlas y piensas con claridad o el miedo se apodera de ti.

Algo que él no sabía era que yo poseía este truco, la carta escondida que le eliminaría, que eliminaría a todos mis adversarios.

Mi padre siempre insistía en que la fuerza no es sólo lo que ves con los ojos, en que tenemos muchas fortalezas y la más importante es la fuerza interior, la confianza y las decisiones que tomes. Por ello, cuando luchas, lo mejor es devolver, pero sin gastar toda la energía, moverte, pero sin cansarte, mirarle sin distraerte, sin desviarte de tus intenciones. Porque cuando el adversario ve que es tu fin, que te tiene, se centra más en qué hacer después y en los gritos del público que en sí, realmente, el contrario ha perdido del todo. Ese, ese es el momento; me decía mi padre; ahí es cuando agarras esa fuerza interior, eso que no has malgastado mientras el otro se movía, para derrumbarle y agotarle. Eso hice.

Pero no le maté, le dejé consciente, le miré diciéndole todo, y en sus ojos vi que lo había entendido. No estaba ahí para matar, estaba ahí para ganar justamente y para demostrar, por fin, lo que tanto tiempo me quitaba el sueño. ¡Mátale, mátale! gritaban. La crueldad humana por un título. Le pedí que se rindiera a cambio de dejarle con vida, y eso hizo. Eso hicieron todos.